

# La Confesión de Un Músico

Por O. S. A.  
CUENTECILLO

Continuas detonaciones de todo género concebible penetraban hasta los más retónditos rincones del distrito de Binondo. ¡Era la Noche Vieja! Inundaba calles y aceras una ingente muchedumbre que, al parecer, estaba de perfecto acuerdo con aquella arraigada costumbre inglesa de ponerse un sombrerito muy cursi y soplar una trompetita de cartón para acordarse de que se está celebrando una fiesta. Unos se dirigían a un convite; otros sólo paseaban; pero, el que más y el que menos, al mismo tiempo que andaba, comía de un cucurucho de bombones u otra golosina cualquiera.

Eufonio Generado, pianista compositor cuyos sueños de gloria nunca habían pasado de ser sueños, observaba el tránsito y el barullo desde el viejo balcón que abarcaba todo el anchor de su alcoba. Desde este mismo punto estratégico, divisaba el interior de las casas de enfrente, pudiendo reparar la alegría que reinaba en ellas y, sobre todo, la abundancia de manjares y licores. Y cada vez que se volvía y contemplaba el triste aspecto de su polvoriento cuartucho, aumentaba su melancolía. Pero a pesar de todo, contaba con un compañero leal, un fiel amigo: su piano. Fué el piano su único consuelo desde que la costumbre de comer se había tenido que reducir a una sola vez cada dos días. Actualmente, sin embargo, se iba a cumplir el tercer día sin alimento adecuado, de tal suerte que ni el queridísimo piano servía de consuelo. En tan deplorable situación, meditaba Eufonio sobre su triste existencia.

—Mundo injusto! — se decía. — ¡Si hay un Dios que haga justicia, ¿por qué otros se dan festines mientras que yo he de ayunar por fuerza?

Y a la vez que repetía estas palabras, andaba cabizbajo a lo largo del balcón. Al fin, maldiciendo al mundo entero, sentóse Eufonio a su piano. Al instante, inspirado por el hambre (me supongo) comenzó a improvisar un nocturno. El hambre presentaba ante su atormentada imaginación una visión estratosférica: vióse flotando entre nubes tan blancas como la nieve, deslumbrado por esplendo-

rosos y abracadabrantes panoramas etéreos e invadido por anhelos inefables y extraplanetarios; y se entregó en plácido desmayo a los caprichos de un mágico porvenir angelical.

Súbitamente, se irguió. Frunció el ceño. Se mordió el labio inferior y... ¡ya estaba! A la memoria del conocido e inspirado "Nocturno de Chopin", titularía su composición "Nocturno de Generado" —pues, realmente, era degenerado el nocturno de marras. Y no pudiendo resistir la titánica inspiración que le apresaba, reanudó el tecléo.

Ahora finalizaba la impetuosa introducción. Comenzó la siguiente parte con variadísimos arpeggios en *pianissimo*, seguidos por acordes disonantes en *crescendo*, y continuando con escalas distónicas en *fortissimo*. Estaba concluyendo la primera parte cuando ¡bum! ¡bam!... unos cuantos utensilios usados de cocina procedentes de los vecinos de enfrente. Por lo visto, había acabado antes la paciencia de los vecinos que la primera parte del nocturno. Y como un solemne monumento en conmemoración de tan inesperado acontecimiento, brotó de entre la espesa cabellera del desafortunado pianista una protuberancia cónica y rojiza que nosotros, los que no somos artistas, conocemos por el prosaico nombre de *chichón*. Pero sin perturbarse en lo más mínimo y en obediencia a su alma de artista resignado, nuestro apreciado compositor reanudó el tecléo en *fortissimo*, no prestando ni la más ligera atención a los mencionados utensilios culinarios que actualmente yacían a su redor.

Mas si bien continuó sus escalas, en cambio no consiguió terminirlas, siendo interrumpido de nuevo por una lluvia más copiosa de diversos artículos, incluyendo una hucha y dos candelas. Pero, duro de cabeza como lo era Eufonio (a excepción de la parte del *chichón*), continuó hasta finalizar la primera parte... cuando el tacón de un zapato de señora le dió con tanta certeza que le dejó inconsciente.

Al salir de la brusca pesadilla (esta frase, querido lector, la aprendí de mi *tocayo*, el poeta Villa-

espesa), Eufonio se hallaba en el suelo con una mano bajo la espalda y la otra sobre el vientre; posición que le hizo acordarse de Napoleón Bonaparte, e, inevitablemente, de la concidísima frase "Nada es imposible".

—Y si nada es imposible. — pensó nuestro pianista — pues entonces, no es imposible que yo disfrute de la misma alegría que los demás; que coma una buena cena; que tome unos cuantos tragos de cerveza; etc., etc.

De pronto, se levantó corrió a su percha, vistió su chaqueta, se echó bajo su catre y vació su saco de ropa sucia que contenía una corbata, dos mancuernas y tres mondadientes. Corrió de vuelta al lado del piano y, poniéndose en cuclillas, llenó el saco con los muchos artículos y utensilios que sus *benévolo*s vecinos habían tenido la bondad de enviarle sin previo aviso; y salió de la casa disparado, perdiéndose de vista entre los paseantes de la calle.

El final de la carrera de Eufonio fué la tienda de *manghubuluk* del chino Tuh Ching Gon, en la calle de Gándara. De allí salió nuestro pianista con ₱2.07 (los siete céntimos fueron por el saco). La venta fué muy rápida, pues el hambre no tolera discusiones prolongadas.

Poco rato después, Eufonio, sentado a una mesa del Old Chicago Restaurant, engullía sin reparos un plato de *chopsuey* mientras que un buen vaso de cerveza helada aguardaba su turno para llegar al mismísimo destino del mencionado guiso. Antes de tomarse la cerveza, sin embargo, tuvo Eufonio la delicadeza de detenerse a musitar: ¡Alabado sea Polán (apodo de Eufonio a Napoleón)! ¡No debió de haber sido muy tonto aquel tío que se enamoró de Pinang (apodo a Josefina)!

Terminado su festín, el pianista compositor se aflojó el cinturón y, acto seguido, se unió al tumulto de las calles.

Ya no se le vió de nuevo hasta que vino a nosotros ruborizado, cabizbajo, para hacernos la confesión de cómo él, todo un pianista compositor, se las *compuso* para obtener su cena de Noche Vieja.